

se cree con la autoridad necesaria para tratar semejantes asuntos, pero agrega: «Podéis decir solamente que la cuestión de la Existencia o No-existencia de Dios me parece fuera del alcance del espíritu humano. En cuanto a la oración, me parece un contrasentido: si Dios existe, la oración tiene por fin el hacerle «cambiar de idea», lo cual es inadmisibile.¹ »

¹ Y nosotros decimos: la buena oración, este contrasentido, esta «flecha lanzada al vacío», de ciertos místicos, es la mejor de las prácticas religiosas, para los que están en el caso de necesitarlas: es fuente de consuelo y esperanza y es palanca de mejoramiento, por la sugestión que realiza en el que ora (auto-sugestión) y tal vez en las personas de su vecindad fisiológica.

Los sentimientos religiosos son siempre síntoma de enfermedad o astenia. En un determinado individuo, el misticismo religioso está siempre en razón inversa del aliento y del vigor. Este es un hecho innegable, fisiológico. Ahora bien, una vez nacida la astenia, una vez establecida la consiguiente necesidad de satisfacción religiosa, nada nos parece tan eficaz como la buena oración.

Llamamos buena, por ejemplo, la siguiente antigua oración, que ligeramente retocamos:

Miradme ¡oh Dios! y mirad a todos los míos. Renovad nuestra salud y la alegría de bien vivir. Aumentad nuestra nobleza y nuestros afectos leales. Hacednos amar la verdad y la justicia y reconocerlas en toda ocasión. Hacednos triunfar aquí y en todas partes. Libradnos de las enfermedades graves, de los animales nocivos y de las grandes desgracias naturales. Libradnos sobre todo de las desgracias de origen humano: la envidia, el odio, la calumnia, la guerra y las venganzas. Dadnos fuerzas para ser útiles y para sobrellevar los dolores que nos toquen en suerte: dadnos ante todo la primera de las dichas, la serenidad mental para no abatirnos ni exagerar el dolor de nuestros males. Detened en nosotros el avance del orgullo y de la ingratitud. Dadnos acierto en todas nuestras resoluciones, hacednos comprender nuestros verdaderos intereses y haced que, más que el mundo de los pensamientos, nos preocupe el mundo de las buenas acciones.

La telepatía no está demostrada; pero es quizás posible en ciertas circunstancias. El naturalista está dispuesto a aceptarla y explicarla sin salir del campo propio de la fisiología. Si se llega a comprobar, habrá una razón de más en favor de la oración sincera y fervorosa: la influencia que ella puede ejercer, aun a distancia, en la mente de las personas que estén en conexión fisiológica con la que ora.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

“Sordello Andrea”

En el número 45 de esta revista anunciamos la aparición de la obra de Alberto Nin Frías, últimamente recibida: *Sordello Andrea* (F. Sempere y Cía., editores). La hemos leído con gran placer, a pesar del misticismo crónico de que padece el autor y a pesar de los incontables errores de imprenta de que están llenas las incontables citas en diversas lenguas que adornan la novela. Véanse algunos trozos:

Como fuí hijo único durante cuatro años, mis padres por no dejarme solo me llevaban a menudo al teatro, lo cual me deleitaba sobre manera. Ayudó a desarrollar mi imaginación y sensibilidad, mis dos facultades salientes en ese lejano entonces. La primer pieza que presencié fué una ópera

cómica: *La fille de Mad. Angot*. Al día siguiente tarareaba: *Je suis la fille...* parodiando a actores y actrices. La volví a ver muchas veces y luego la imitación que hacía de la Angot y su hija era perfecta. Todos reían al verme parodiar y me hacían representar.

Doña Juanita, de Suppé, aun me fascinó más que *Madame Angot*.

El día entero remedaba al alcalde, afectando su picaresco donaire cuando examina a la hermosa Juanita y piensa para sí: *Si viellèse pouvait, si jeunesse savait*. Todas mis relaciones me solicitaban para que representase la famosa escena.

El primer colegio que frecuenté fué mixto y dirigido por dos viejecitas, madre é hija. La primera pudiera estimarse viuda de Noé; la segunda, hija